
This is the **published version** of the journal article:

Amores, Montserrat. «El exilio liberal de Salvador Monsalud en la segunda serie de los epidodios». *Bulletin of Hispanic Studies*, Vol. 96 Núm. 4 (Gener 2019), p. 1-22.

This version is available at <https://ddd.uab.cat/record/300568>

under the terms of the  IN COPYRIGHT license

EL EXILIO LIBERAL DE SALVADOR MONSALUD EN LA SEGUNDA SERIE
DE LOS *EPISODIOS NACIONALES* DE GALDÓS

Montserrat Amores

Universitat Autònoma de Barcelona

En marzo de 1875 Galdós cierra *La batalla de los Arapiles*, última novela de la primera serie de sus *Episodios nacionales*, con un *post-scriptum* titulado ‘Hasta luego’, que solo aparecerá en la primera edición. En él anuncia el asunto fundamental de los siguientes episodios: ‘Escribiré pues, una segunda serie, para aprovechar la riquísima materia que en la historia y en las costumbres ofrece el interesante periodo contenido entre las dos grandes guerras españolas del presente siglo’ (cit. en Smith 1982: 107). El final de la guerra de la Independencia y el presagio de la primera guerra carlista son, pues, el marco que encierra los acontecimientos de los diez volúmenes de la segunda serie, veinte años en los que se concentran los principales movimientos migratorios de carácter político de la primera mitad del siglo XIX.

Galdós reúne en este conjunto de novelas noticias y lances significativos de los diferentes períodos de emigración política entre 1813 y 1833 protagonizados por personajes históricos o ficticios, aunque será principalmente en el protagonista, Salvador Monsalud, y en segundo lugar en Jenara de Barahona, uno de los personajes femeninos más importantes de la serie, en los que desarrollará las peripecias más sustanciales: desde el destierro de los afrancesados en 1813, representado por Salvador y Urbano Gil de la Cuadra; pasando por el absolutista de Jenara en 1819 y sus acciones como comisionada en Bayona y en París; el exilio de los liberales desde Trocadero en octubre de 1823; los ecos de las acciones de los liberales encabezados por Espoz y Mina desde el destierro londinense y francés; y, finalmente, las intentonas de la década de los treinta para derrocar el poder. El exilio y el destierro, ligados a las conspiraciones, se convierten en motivos relevantes de la acción de la segunda serie de los *Episodios nacionales*, aunque se

desarrollan en un segundo plano. En efecto, los lectores tienen noticias de las aventuras de los emigrados en Francia o Inglaterra, pero Galdós solo traslada la acción fuera de España en una sola ocasión: durante la misión diplomática de Jenara de Barahona en París, narrada en *Los cien mil hijos de San Luis*, mientras que, para el protagonista de la serie, que pasa las fronteras en numerosas ocasiones en esos veinte años, la emigración se representa mediante misteriosas ocultaciones.

Si, como vio Montesinos, Monsalud es un personaje ‘elusivo’ como amante (1980: 141), un amante necesariamente desgraciado, ‘impreciso’ y ‘escurridizo’ como héroe romántico (1980: 136), lo es de forma más pertinente como emigrado y conspirador. Sobre la base de estos elementos construye Galdós el arquetipo del liberal romántico. Como tal, perderá parte de su individualidad, en cuanto que el autor hará coincidir cada uno de los períodos históricos por él vividos con una de las etapas de su ciclo vital (Hinterhäuser 1963: 304). No obstante, si Galdós no muestra a Monsalud en Poitiers, en París o en Londres, si decide que no veamos al héroe en acción fuera de su patria, sí que se hace eco de la experiencia de esa emigración en el espíritu del héroe como proceso madurativo. En este trabajo se analiza precisamente de qué manera la experiencia del exilio se convierte en materia consustancial de la evolución ideológica del personaje y de sus relaciones con el mundo, que explicará en parte su complejidad psicológica.

Como sabemos, Galdós concibe la historia novelada de España desde la visión pesimista de un joven liberal que ha visto fracasar todos los logros del 68. La intención pedagógica de los *Episodios*, el mensaje político desde el presente, condiciona la selección de personajes y explica la crítica al liberalismo exaltado. Jacques Beyrie ha defendido que Monsalud ‘no fue concebido únicamente *para* simbolizar la mentalidad de una época, sino *porque* permitía al autor desahogar inquietudes íntimas’ (1987: 217). Además de los factores ideológicos, Beyrie llama la atención sobre el componente autobiográfico que Galdós proyectó sobre algunos de los personajes de la segunda serie, especialmente sobre Monsalud (1980: 216-21). Fue Clarín el

primero en observar que las ‘*dudas de la conducta*’ y la ‘impaciencia nerviosa’ de Galdós se reflejaban en el proceder del protagonista de la segunda serie de los *Episodios*, como recuerda Navascués (1987: 498). Esta lectura es perfectamente compatible con la impronta que los textos de Larra ejercieron en Galdós, señalada por Montesinos (1980: 127, 129 y 132), para la conformación del liberalismo de su héroe, la evolución de su ideario y sobre todo la actitud crítica ante España y el liberalismo nacional que mantiene el personaje literario a lo largo de los diez episodios de la serie. En esencia se trata de la representación del desengaño ante un proyecto político y una nación, de la imagen de una crisis política y personal que compartieron con cuarenta años de distancia *Figaro* y el autor de los *Episodios*.¹ A pesar de que Hinterhauser relaciona a Monsalud con el ‘romanticismo tardío alemán (y de Byron) (1963: 299)’, como se verá, los textos del romanticismo español son el sustento más importante para la creación del personaje, que se sitúa claramente en la línea de la obra de Larra y la de Espronceda. Larra ya había reparado en la relación entre liberalismo y exilio como ‘lugar común fuertemente asentado en la España de los años treinta del siglo XIX’ (Fuentes 2007: 139). Lo advierte con agudeza en ‘La diligencia’ en abril de 1835: ‘Por poco liberal que uno sea o está uno en la emigración, o de vuelta de ella, o disponiéndose para otra’, una cita que sirve de referente para historiadores como Juan Francisco Fuentes. En ‘La diligencia’ también puede leerse: ‘Los tiempos han cambiado extraordinariamente; dos emigraciones numerosas han enseñado a todo el mundo el camino de París y Londres’ (Larra 1997: 349). *Figaro* bosqueja en otros artículos la historia del liberalismo español traspasado por los distintos destierros de este signo. Salvador

¹ Otros investigadores han apuntado la posible inspiración que pudo ejercer la vida de Mariano José de Larra en el protagonista de la serie: ‘El temprano afrancesamiento y exilio de Monsalud, sus amores desgraciados, su dolorida postura crítica ante los problemas de España, y sus frecuentes desilusiones, parecen trasunto de ciertos rasgos bien conocidos de la vida y obra de Mariano José de Larra.’ (Navascués 1987: 498) Por otra parte, Galdós menciona en dos ocasiones a Larra en el episodio *Los apostólicos* de la segunda serie, en concreto en los capítulos 6, 15 y 29, aunque será en la tercera cuando aparezca de forma más sustancial (Romero Tobar 2007: 146).

Monsalud encarnará la evolución de ese liberalismo que partirá del entusiasmo inicial hasta llegar al irreparable desencanto.

No obstante, el joven personaje que se encamina por primera vez al destierro en el primer episodio de la serie, *El equipaje del rey José*, no lo hace como liberal, sino como afrancesado, exactamente como *juramentado*. Monsalud parte desde Madrid en marzo de 1813 como emigrado en la caravana que acompaña al rey José. Le prometió fidelidad llevado principalmente por la necesidad y antes de llegar a la frontera comprende, debido al rechazo que inspira su uniforme de guardia española, el enfrentamiento ideológico que divide a las dos Españas. La reconstrucción de esta primera experiencia como emigrado, que se desprende de algunos sucesos narrados en *La segunda casaca* y *El Grande Oriente* indica que en el destierro francés se conforma el liberalismo del héroe, aunque en julio de 1814 colaborara con Juan Amézaga, que se había vendido a la policía francesa durante el destierro del rey Fernando VII en Valençay. El ‘Expediente de Monsalud’ elaborado por los absolutistas, que se da a conocer en octubre de 1819 en *La segunda casaca*, sitúa en febrero de 1816 a Salvador en Granada. Posteriormente habría sido miembro muy activo en seis de las trece conspiraciones que se llevaron a cabo antes de la triunfante de 1 de enero de 1820. Debe suponerse entonces que ese primer destierro de Monsalud se sitúa entre la llegada de los primeros afrancesados a Francia procedentes de la columna que acompañó a José I desde Madrid en el verano de 1813, de la que formaba parte Salvador, y 1816 (Amores 2017). Parte como afrancesado, pero retorna como un destacado conspirador liberal, cortado con el patrón del romanticismo. En este sentido, es importante subrayar la imagen estereotipada del protagonista que se desdobra en dos caras: aquella que refieren los absolutistas que entran fugazmente en contacto con él, su antigua novia y Juan Bragas; y la que ofrece él mismo. Así, Jenara lo describe en *La segunda casaca* como un hombre que ha cambiado su aspecto físico, rodeado de misterio, determinado por su

condición huidiza: ‘Viste de un modo extraño, anda de prisa, pasa y mira’ (Pérez Galdós 2006: 253).² Pipaón lo imagina como una figura ‘desmelenada, horrible, teñida de la palidez siniestra del jacobinismo’ (Pérez Galdós 2006: 256). En ambos infunde cierto terror y una fascinación extraña, convirtiéndolo en ‘un mito social representativo de la lucha política real’ (Espejo-Saavedra 2003: 100). El Salvador que conversa con Pipaón completa el estereotipo del conspirador creado desde el liberalismo: ‘Su fisonomía era inteligencia y fuerza; la expresión de sus ojos ejercía inexplicable dominio sobre mí, y toda su persona tenía un sello de superioridad y nobleza que cautivaba’ (Pérez Galdós 2006: 294).

En el Monsalud que conversa con su amigo Pipaón durante los diferentes encuentros que preceden el pronunciamiento de Riego, entre los meses de noviembre y diciembre de 1819, se observa la experiencia de la emigración. Salvador es un hombre de acción, cuyo aprendizaje en el exilio le ofrece una visión amplia y compleja del liberalismo y le permite comparar lo observado en el destierro con la política actual de su patria. Galdós se nutre del pensamiento de Larra para caracterizar al protagonista de la serie, del Larra de ‘Literatura’ (enero de 1836) y ‘Los barateros’ (abril de 1836), el liberal cargado de esperanza, defensor todavía de la revolución: ‘Si esto ha de seguir llevando el nombre de nación, es preciso que en ella se vuelva lo de abajo arriba y lo de arriba abajo; [...] esto se ha de hacer de repente, con violencia, porque no siendo así no se hará nunca’ (Pérez Galdós 2006: 316). A lo que replica Pipaón: ‘Veo, amigo Monsalud, que has aprendido en la emigración muchas cosas que antes no sabías’ (2006: 317). El héroe trabaja llevado por una causa común y por la pasión que domina su carácter, recordando las circunstancias que le expulsaron de España durante el destierro como afrancesado: ‘maldecido por mi patria, y arrojado al suelo extranjero como una bestia negra’ (2006: 316).

² Espejo Saavedra recuerda aquí los versos del retrato de don Félix de Montemar en *El Estudiante de Salamanca* de Espronceda: ‘El ruido / cesó. / Un hombre / pasó / embozado...’ (2003: 100).

Monsalud, que entonces es elemento sustancial desde Madrid de la revolución de Cabezas de San Juan, confía, aunque con reticencias, en el triunfo del liberalismo y tiene fe en su victoria. Galdós adopta el tópico del *homo viator* y el juicio sobre la división social que se encuentran en varios textos de *Figaro*, como ‘*Antony, I*’ y ‘El hombre globo’, para ponerlos en boca del protagonista de estos *Episodios*. Escribe Larra en ‘*Antony, I*’:

La vida es un viaje: el que lo hace no sabe adónde va, pero cree ir a la felicidad. Otro que ha llegado antes y viene de vuelta se aboca con el que está todavía caminando y dícele: ‘¿Adónde vas? ¿Por qué andas? Yo he llegado adonde se puede llegar; nos han engañado; nos han dicho que este viaje tenía un término de descanso. ¿Sabes lo que hay al fin? Nada’.

El hombre entonces que viajaba, ¿qué responderá? ‘Pues si no hay nada, no vale la pena seguir andando’. Y sin embargo es fuerza andar, porque si la felicidad no está en ninguna parte, si al fin no hay nada, también es indudable que el mayor bienestar que para la humanidad se da está todo lo más allá posible. [...] rara lógica: ¡enseñarle a un hombre cadáver para animarle a vivir! (1997: 551)

El mismo motivo y semejante estructura discursiva es la que utiliza Monsalud para argumentar sus reservas ante el triunfo de la revolución, pues es consciente de que el pueblo no está preparado para ello:

El hombre antes de andar en dos pies, ha andado a gatas. Supongo que por evitarle los tropezones que acompañan a los primeros pasos. [...]; yo le digo a la sociedad española: ‘Levántate’ y me responde: ‘No sé andar derecha’. Los frailes y los palaciegos le

aconsejan que no se meta en la peligrosísima aventura de marchar como la gente. Al fin tanto la azuzamos, que se levanta.

—¡Y a los pocos pasos al suelo!

—Pero la estimulamos de nuevo con ruegos, o a latigazos si es preciso. Afligida, repite ella: ‘Si no sé, si me caigo, ¿qué debo hacer para aprender a andar?’ Y le contestamos: ‘Andar, andar siempre’. (Pérez Galdós 2006: 317)

Monsalud viene a representar a la clase ‘privilegiada, poco numerosa, criada o deslumbrada en el extranjero, víctima o hija de las emigraciones, que se cree ella sola la España, y se asombra a cada paso de verse sola cien varas delante de las demás’, escribe Larra en ‘*Antony, I*’ (1997: 550).

Esta actitud de reserva en el Monsalud de los últimos meses de 1819 se transforma en pesimismo, en desengaño y en rechazo durante los primeros días del mes de enero de 1820, justamente en los del pronunciamiento de Riego, por culpa, según Monsalud, del héroe de Cabezas de San Juan. De hecho, a su vuelta del viaje a Andalucía, dará por fracasada la revolución: ‘Se ha constipado en el canal de Sancti-Petri’, dice a Pipaón, y más adelante: ‘Ni Riego ni Quiroga valen más que para un momento de esos en que sólo arrojo se necesita’ (Pérez Galdós 2006: 338).³ Galdós recurre a la *Historia de Vayo* para reconstruir el episodio (1842: 147-48): el batallón Asturias, capitaneado por el segundo comandante, Rafael de Riego, realiza el rompimiento antes que el capitán Quiroga, que tenía que poner en marcha el de España y el de la Corona. Se dirigen a Cádiz y la noche del 3 de enero se apoderan del puente Zuazo, el Sancti-Petri de Juan Bragas. Sin embargo, Luis Fernández de Córdoba, oficial del estado mayor, consigue contener a los liberales durante los primeros días. Entonces la insurrección se detiene

³ La misma opinión Monsalud tendrá del líder liberal en febrero de 1821. Así, en *El Grande Oriente* dirá de Riego que es ‘una cabeza llena de viento’ (Pérez Galdós 2006: 383).

y decide esperar. Monsalud atribuye el fracaso de ese levantamiento no solo a la torpeza de los jefes sublevados, sino también y, sobre todo, a la apatía del pueblo ante la acción de los militares y políticos. Como Larra, se queja de la pasividad en la que vive la sociedad española: ‘—Esto significa que España no nos entiende. [...] Tres siglos de absolutismo no podían menos de producir esta modorra intelectual en que el país vive’ (Pérez Galdós 2006: 340).⁴

Volviendo de nuevo al intertexto del que parte el autor, Monsalud, como Larra, es consciente de que la sociedad española no es una sola sociedad. Así, admite en *La segunda casaca*:

La cabeza viva, puesta en un cuerpo inerte, no sabe hacer otra cosa que atormentarse con su propio pensamiento. Eso hacemos nosotros: atormentarnos, discurrir, creer. Tenemos fe, tenemos ideas; pero, ¡ay!, queremos tener acción, y entonces empieza el desengaño; queremos movernos... ¡Cómo se ha de mover una piedra! (Pérez Galdós 2006: 340)

Monsalud augura en ese momento que la revolución ‘será vana’ y determina abandonar el país, retirarse a su ‘aldea’ que identifica muy significativamente con el extranjero, ‘quizás a América, qué sé yo...’ (Pérez Galdós 2006: 341).⁵ Este Monsalud es ahora un español

⁴ En esos ‘tres siglos de absolutismo’, Galdós parece recordar al lector contemporáneo una referencia que conocía muy bien, pues fue el detonante de la ‘polémica de la ciencia’: ‘Según que, por ejemplo, el Estado ampare o niegue la libertad de la ciencia, así la energía de un pueblo mostrará más o menos su peculiar genialidad en este orden, y podrá darse el caso de que se ahogue casi por completo su actividad, como ha sucedido en España durante tres siglos’ (Azcárate 1876:149). Esos ‘tres siglos’ habían sido usados años antes por los integristas, por ejemplo, Cándido Nocedal en 1866: ‘La civilización moderna tiene hoy sobre sí misma un nublado grande, del cual no se sabe cómo saldrá; tiene abiertas sobre su cabeza todas las cataratas del cielo; tiene abierto a sus pies el cráter de todos los volcanes porque hace tres siglos y medio que viene rebelde y en lucha contra el principio católico; porque ha traído el principio del libre examen a ser la base y el cimiento de todas la teorías al uso’ (1865: 25).

⁵ Es posible que la elección de Monsalud por América se haya inspirado en las *Memorias* de Van Halen, puesto que allí acaba sus días el conspirador andaluz (Martínez Cañas 1995: 231). En ‘Desgracias de una expatriación’, Van Halen cuenta que, tras capitular Barcelona en 1823 con la llegada de los cien mil hijos de San Luis, abandona España y ‘[b]uscando en América, no solo el asilo sino un género de ocupación capaz de ponerme a descubierto de la bochornosa indigencia que por lo común acosa a toda familia de emigrados, desembarqué ocultamente en La Habana’. Allí es recibido con hospitalidad y emprende varias actividades relacionadas con el comercio y la agricultura. Sin embargo, una ‘violenta enfermedad’ le lleva a Estados Unidos donde consigue restablecer su salud y se dedica a la enseñanza de la lengua española (1836: 205-206).

divorciado del liberalismo exaltado, pues ha visto el fracaso de los valores de la revolución de 1820, aunque es consciente de su éxito político y militar, y, sobre todo, rechaza las pasiones como la envidia y la ambición por las que, según su experiencia, se mueven los liberales españoles, en lugar de pensar en el proyecto colectivo. Su balance coincide en líneas generales con el de Gabriel Araceli inserto en el capítulo 22 de las *Memorias de un cortesano*. De suerte que, al acabar el episodio, incluso tras reconocer el triunfo de la revolución, en marzo de 1820, Monsalud desaparece de nuevo para exiliarse esta vez en Francia, un exilio voluntario, a diferencia del anterior. Serán justamente los errores del liberalismo, aquellos mismos que Galdós había puesto de manifiesto en *La Fontana de Oro*, los que convertirán a Monsalud en un liberal desarraigado.

Un completo silencio cubre este exilio de Monsalud. En las primeras páginas de *El Grande Oriente*, que refiere parte de los acontecimientos del Trienio Liberal, en concreto desde el 21 de febrero de 1821 hasta el asesinato de Matías Vinuesa el 4 de mayo de ese mismo año, Salvador dice al liberal exaltado Patricio Sarmiento que ha estado ‘mucho tiempo fuera’ y pregunta por la recién creada sociedad patriótica de Los Comuneros. Poco después el lector sabe gracias a Canencia que ha vuelto de Francia ‘hace más de veinte días’ (Pérez Galdós 2006: 399). Nada se refiere de sus acciones, aunque en este episodio se acentuará la pérdida de vínculos afectivos con la patria del héroe. Por un lado, rechaza el liberalismo exaltado; por otro, tiene como firme propósito abandonar la masonería.

Galdós se alimenta para caracterizar al personaje de los rasgos del pesimismo romántico de modelos españoles muy reconocibles. Monsalud, desengañado en política y también en amores, se siente el hombre más infeliz de la tierra debido a su ‘mala estrella’, una fuerza del sino que persigue al protagonista, caracterizado por un continuo afán, una sed que lo devora: ‘Si mi corazón se apasiona por algo, persona o ideal, la persona se corrompe y la idea se

envilece' (Pérez Galdós 2006: 434), pensamiento que encontramos sustanciado con el mismo esquema en los conocidos versos de 'A Jarifa en una orgía':

Yo me lancé con atrevido vuelo
fuera del mundo en la región etérea,
hallé la duda, y el radiante cielo
vi convertirse en ilusión etérea.

Luego en la tierra la virtud, la gloria
busqué con ansia y delirante amor,
y hediondo polvo y deleznable escoria
mi fatigado espíritu encontró.

Mujeres vi de virginal limpieza
entre albas nubes de celeste lumbre;
yo las toqué, y en humo su pureza
trocarse vi, y en lodo y en podredumbre (Espronceda 1987: 261).⁶

⁶ En *Los cien mil hijos de San Luis* confiesa a Jenara: 'Lo bueno existe mientras yo lo deseo. Pero lo toco, y adiós' (Pérez Galdós 2006: 660), para poco después recuperar al Larra de 'El día de difuntos de 1836' (noviembre de 1836): '¡Qué sepulcro, Dios mío! Así se va quedando mi corazón, lo mismo que una gran fosa, todo lleno de muertos' (Pérez Galdós 2006: 660), que señaló Romero Tobar (2007: 106). En *Un voluntario realista* dirá a Teodora de Aransis: 'La mayor desgracia de mi vida [...] ha sido siempre no poseer lo que amo y amar todo lo que no puedo poseer, corriendo siempre detrás de cosas imposibles' (Pérez Galdós 2006: 926). Montesinos señaló también la inspiración esproncediana de Galdós en esta frase que leemos en *El 7 de julio*: 'Precisamente el alma es la que se pierde, porque es la que se fascina, la que se engaña, la que sueña mil bellezas y superiores goces, la que aspira con sed insaciable a lo que no posee y a volver posible la imposibilidad y a querer estar donde no está y a marchar siempre de esfera en esfera buscando horizontes' (cit. en Montesinos 1980: 136), que recuerda los versos de 'A Jarifa en una orgía': 'Yo quiero amor, quiero gloria, / quiero un deleite divino, / como en mi mente imagino, / como en el mundo no hay' (Espronceda 1987: 260).

Monsalud, como el trasunto literario de Espronceda y de Larra, busca un lugar en el mundo sin encontrar acomodo alguno. Su origen indigno, pues es hijo ilegítimo y su continua frustración provocan en el héroe la sensación de castigo perpetuo, situación en la que pueden reconocerse los rasgos del protagonista del *Don Álvaro* del Duque de Rivas, aunque el héroe de Galdós no busca la muerte: ‘¡Maldita sea la hora en que nací! Hijo soy del crimen, y la expiación de él tomó carne y vida en mi persona miserable... ¿Por qué soy tan distinto de los demás?’ (Pérez Galdós 2006: 434).⁷

En el intervalo de un año que va desde el final de *El Grande Oriente* (mayo de 1821) hasta el inicio del siguiente episodio (*El 7 de julio*), en marzo de 1822, Salvador vuelve a desaparecer a los ojos del lector, aunque se encuentra en Madrid, cuidando de su madre y piensa en marcharse de España, ‘para no volver más’ cuando ella muera. Por entonces lucha contra la Guardia Real el 7 de julio de ese mismo año, y, paradójicamente, acompaña a la absolutista Jenara, que ha llevado a cabo la conspiración abortada por los liberales del 7 de julio, a su exilio, aunque no llegará a pasar la frontera, pues será prisionero de los absolutistas durante seis meses, aventura desarrollada en *Los cien mil hijos de San Luis* (caps. 4-6). Su sentir y su pensamiento no han variado. En esencia, como confiesa a Rafael Seudoquis con quien había conspirado durante el año 19 y principios del 20, ha perdido completamente la fe en el liberalismo. Ambos recuerdan aquellos tiempos con nostalgia. Sí se ha llenado de resentimiento y odio debido a su cautiverio y se hace guerrillero por pura venganza. La lealtad hace que siga su actividad política, puesto que en junio de 1823 le encontramos en Sevilla trabajando activamente contra los contrarrevolucionarios, prendido, conducido a Trocadero y condenado a muerte, aunque consigue salvar su vida gracias a Jenara y el 2 de octubre de 1823 se dirige hacia Gibraltar en la corbeta Tisbe.

⁷ Dorca (2015: 175) encuentra también resonancias del *Don Álvaro* en las escenas finales de *El equipaje del rey José*.

Con el fin de mostrar las persecuciones sufridas por los liberales en España y el control sobre los emigrados, *El terror del 24*, séptimo de los *Episodios nacionales*, presenta la situación del exilio liberal desde dos perspectivas: por un lado, se detiene brevemente en otros personajes para mostrar diferentes casuísticas, como Rafael Seudoquis, Primitivo y Benigno Cordero; por otro, sigue la evolución de Monsalud. Para este sigue el planteamiento inicial: personaje elusivo, desaparecido desde que se dirigía al exilio desde Cádiz en octubre de 1823. Conspira desde Londres, enviando cartas comprometedoras a Soledad Gil de la Cuadra, quien las distribuye desde Madrid sin levantar sospecha. Su situación en Londres debe ser lo suficientemente estable como para anunciar a su hermana adoptiva. Soledad, que quizá pueda establecerse con él fuera de España (Pérez Galdós 2006: 762 y 770).

Monsalud sigue en Inglaterra hasta el verano de 1827, casi cinco años de exilio. El 1 de agosto de ese año se encuentra con el voluntario realista protagonista de la octava novela de la serie, Pepet Armengol. Salvador se oculta bajo el nombre de Miguel Servet, pues viene ‘comisionado’ desde Londres. El retrato que presenta el narrador muestra a un hombre que ha entrado en la madurez, tiene 34 años, y por su indumentaria ha pasado mucho tiempo en el extranjero. Su desengaño sobre la patria y sobre la situación política es, si cabe, más negativo: ‘Soy hombre de paz. Realistas, liberales, jacobinos y apostólicos son lo mismo para mí’ (Pérez Galdós 2006: 872). No obstante, sigue en las filas liberales, las liberales moderadas, pues le envía a la misión Espoz y Mina, con quien había coincidido en 1823. Galdós determina, como es lógico, que su héroe desencantando se adscriba en las filas del líder menos radical. Mina trabajó a partir de 1827 fundamentalmente en las tareas de ‘organización y recogida de información en el interior del país’ (Castells 1989: 213).⁸ Monsalud llega a España con la

⁸ Como es bien sabido, debido a los fracasos de las experiencias insurreccionales llevadas a cabo entre 1824 y 1826, los emigrados llegaron a la convicción de que se necesitaba una verdadera coordinación y una dirección única para conseguir el triunfo de una nueva revolución que se resolverá con el liderazgo de Torrijos. Irene Castells señala la división desde 1827 entre Espoz y Mina y Torrijos, analizando las diferencias que separan a los dos líderes y las distintas concepciones del proyecto insurreccional (1998: 112-20; ver también Aymes 2008: 85-88). Galdós se inspira para este personaje histórico, que aparece en varias ocasiones en la serie, en la biografía recogida

misión encomendada por Mina de auscultar la nación, ver si el país está preparado para una nueva revolución y difundir la idea propuesta desde el exilio de cambiar de dinastía, defendiendo a Pedro de Braganza (Pérez Galdós 2006: 877-78). La situación con la que se encuentra Monsalud en su viaje de Barcelona a Manresa no puede ser más desalentadora, pues se enclava en plena ‘guerra dels malcontents’.

Un puñado de hombres refugiados en Inglaterra se empeñan en librar a su país del despotismo, y mientras ellos sueñan allá, ese mismo país se subleva, se pone en armas con fiereza y entusiasmo, no porque le mortifique el despotismo, sino porque el despotismo existente le parece poco y quiere aún más esclavitud, más cadenas, más miseria, más golpes, más abyección. (Pérez Galdós 2006: 877)

Para concluir con una frase demoledora: ‘Patria querida, me repugnas’ (2006: 877). Monsalud coincidirá con las ideas sobre la revolución de Espoz y Mina durante su exilio de 1823, que opinaba que ‘en España no podría haber nunca una revolución completa’ y tenía ‘un negativo juicio de sus compatriotas españoles, a quienes consideraba unos pícaros incapaces de la mayor empresa que exigiera valor o generosidad’ (Castells 1989: 119). Su pesimismo es tal que, solo llevado por su lealtad al liberalismo, tiene el propósito de cumplir su misión, que acaba en Francia.⁹ Sus aventuras no acaban aquí, pues cae preso de nuevo por los absolutistas y acaba en las mazmorras del Ayuntamiento de Cardona. Finalmente, consigue la libertad, de nuevo gracias a una mujer, esta vez la monja Teodora de Aransis, y sale de España: ‘Iba al

en la *Galería de españoles célebres contemporáneos*, y podía conocer sus memorias, cuyo tomo IV se inicia con el capítulo dedicado a su emigración en Inglaterra.

⁹ Esos mismos principios morales son los que se encontraban en el Monsalud de 1813, cuando nada sabía de política, pero prestaba juramento a José I porque le había socorrido cuando se encontraba en la miseria. Asimismo, son los que explican que facilite a su padre la pistola con la que acabará su vida para evitar que las turbas lo asesinen en *El equipaje del rey José*, e inspiran al héroe a organizar un plan para salvar al absolutista Gil de la Cuadra de la prisión en *La segunda casaca*, enfrentándose incluso a las logias masónicas a las que pertenece.

extranjero, y en su triple calidad de historiógrafo, de poeta y de profeta, aportaría, sin duda, alguna idea, alguna forma nueva a las regiones donde ya se estaba elaborando el romanticismo.’ (Pérez Galdós 2006: 967). El autor inviste a su héroe con los honores que en realidad corresponden al autor implícito. Vuelve al exilio para entrar en contacto directo con la atmósfera del romanticismo, que será el escenario en el que se moverán los personajes en el siguiente episodio, *Los apostólicos*.

En este noveno episodio, el narrador ofrece en forma de resumen histórico algunos de los acontecimientos más importantes en relación con los intentos de invasión de los liberales españoles exiliados que tiene como telón de fondo la revolución en Francia de 1830. Galdós sigue de nuevo la *Historia* de Vayo (III, 333-38), en la que se explica la protección por parte del rey Luis Felipe de los emigrados españoles y la estrategia del rey francés para conseguir el reconocimiento de su monarquía; incluso toma de Vayo el decreto de 1 de octubre de 1830 (1842: 996) y se centrará en las aventuras de José de Espronceda y de Salustiano Olózaga, cuyas fuentes ha estudiado Letemendía.

Desde el otoño de 1827 hasta principios de 1830 Monsalud desaparece. Cabe suponer que ha pasado una temporada en el exilio. El lector sabrá, avanzado el episodio *Los apostólicos*, que había vuelto, efectivamente, de Francia y que había ayudado a Mina en sus planes, entre ellos la ‘intentona’ de ocupar Vera de Bidasoa en octubre de 1830, también frustrada (Pérez Galdós 2006: 1071). Tras ese fracaso decide renunciar a la política y volver a España.

Su estado emocional no ha variado en años. Salvador es un hombre desilusionado que observa con pesimismo su situación (‘He vivido mucho tiempo en España en medio de las tempestades de los partidos victoriosos, y mucho tiempo también en el extranjero en medio del despecho de los españoles vencidos y desterrados’, Pérez Galdós 2006: 1065), aunque siga siendo liberal (‘y deploro que el país entero no le sea’, 2006: 1067). Es fiel al ideario que ha aprendido fuera de España (‘Creo en la libertad porque he visto sus frutos en otras partes; pero

no creo que esa misma libertad pueda darlos allí donde hay poquísimos liberales, y de éstos la mayor parte lo son de nombre' (2006: 1067). Los ecos de Larra siguen resonando en las palabras del Monsalud. El personaje de Felicísimo Carnicero con quien se sincera en esta ocasión acierta en el diagnóstico de su dolencia cuando sentencia, 'Luego usted [...] no es liberal al modo de acá' (Pérez Galdós 2006: 1067).

Su balance del reinado de Fernando VII y del liberalismo durante estos veinte años no puede ser más desolador y a la vez más cargado de esperanza en el futuro. Como el Larra de 'Antony', Monsalud vuelve al tópico del *homo viator*: 'España se pone las sandalias, toma su palo y anda: seguramente andará a trompicones, cayendo y levantándose a cada paso; pero andará' (Pérez Galdós 2006: 1067).

En esencia, Monsalud trabajará a partir de este momento para transformarse de conspirador a burgués acomodado, retirado de toda actividad pública, y decide pedir la mano de Soledad. Por entonces conoce a Alejandro Aguado para quien empieza a trabajar en diferentes comisiones de Bélgica e Inglaterra (Pérez Galdós 2006: 1071)¹⁰, gracias al cual recobra su nombre y es amnistiado, probablemente gracias al indulto del 15 de octubre de 1832, que encuentra en Vayo (1842: III, 372-73).

De esta forma Galdós convierte un conspirador liberal activo en un liberal escéptico y retirado del mundo de la política. El héroe roza ya los 40 años y, fatigado de la vida errante y solitaria (Pérez Galdós 2006: 1075-76), busca un final semejante al del Lázaro y Clara del segundo final de *La Fontana de Oro*. Cuando Soledad lo rechaza, pues ha prometido su mano a Benigno Cordero, Monsalud sigue repitiendo el mismo argumento esgrimido desde 1827: 'Yo soy extranjero aquí como en Francia', y, dado que no puede conseguir su propósito sigue en política (Pérez Galdós 2006: 1097). Con esa condición de expatriación perpetua acabará el ciclo

¹⁰ Para los detalles de la vida de Alejandro Aguado, Galdós acude a la biografía del banquero de Juan Francisco Pacheco, que se encuentra en el segundo volumen de la *Galería de españoles célebres contemporáneos* de Nicomedes Pastor Díaz y Francisco de Cárdenas (1842). Ver Aymes (2008: 241-42), Fernández Sirvent (2010: 198) y Rubén Puente (2007).

vital del héroe. Así reflexiona el narrador en *Un faccioso más y algunos frailes menos*, último episodio de la serie.

La experiencia, el profundo conocimiento de las personas, los viajes y la desgracia, habíanle dado elementos bastantes para construir en su pensamiento una patria distinta de la que pisaba, y la inmensa superioridad de esta patria soñada, en parangón con la auténtica, era en él motivo constante de padecer y aburrimiento. (Pérez Galdós 2006: 1144)¹¹

El narrador y Monsalud argumentan sólidamente las causas del retiro del héroe: a pesar de que podría todavía difundir sus principios liberales y seguir activo en la vida política, su pasado no le deja, pues en la actualidad condena todo lo que ha sido ('«si yo también he sido alborotador, cabecilla, intrigante, aventurero y hasta un poco charlatán [...] ¿cómo han de fiarse de mí viéndome condenar lo que he sido?»', Pérez Galdós 2006: 1144).

Pues bien, en este caso vuelve a ser Larra el que ha dictado la decisión de Monsalud. El periodista de 1835 argumenta en 'Buenas noches' las causas que explican que los liberales que formaron parte activa de la vida política antes del 34 deban abandonar la política. Como en otras ocasiones, por ejemplo, 'Dos liberales o lo que es entenderse' (noviembre de 1834), Larra resume la historia de España desde el año 12 al 34 y al llegar al Trienio advierte: 'Ya en medio de los tres años entró en reflexión alguno de ellos y dijo para sí empezando a escarmentar: «Acaso no está la España bastante ilustrada»' Larra 1997: 444). Finalmente, en 1834 esos

¹¹ En este Monsalud se expresa ese sentimiento encontrado de algunos exiliados que observó Vicente Llorens: el del emigrado desterrado que crea en el exilio una imagen de su patria que no se corresponde con la hallada a la vuelta. Semejante sentir se encuentra en la composición que Antonio Alcalá Galiano, emigrado liberal en 1823, envía al duque de Rivas: 'Y ahora la huello, y si la vista giro, / ¡mísero! A cualquier lado, / en la patria que amé solo me miro / de nuevo desterrado. / ¡Por pago a mis penosos sacrificios, / el desprecio y el olvido! / ¡Estos, oh patria, son los beneficios / que mi amor te ha debido! /.../ No es esta no mi España suspirada, / la que adoré constante / la imagen halagüeña que invocada / tuve siempre delante' (cit. en Llorens 1967: 25).

liberales que se esforzaron por traer la libertad a la nación han decidido abandonar la política: ‘De suerte que ellos, que habían andado demasiado cuando los demás estaban parados, comenzaron a pararse cuando los demás empezamos a andar’ (Larra 1997: 444). Es preciso señalar que Fígaro critica justamente en estas páginas el diagnóstico que hicieron esos liberales sobre la España que les tocó vivir, pues en lugar de echar las culpas a los españoles por su escasa instrucción, deberían haberse planteado si la responsabilidad de tantos fracasos no se debía a los gobernantes en lugar de a los gobernados (Larra 1997: 444). Ciertamente, Monsalud reparte las culpas a partes iguales.

Fígaro acude a las nuevas generaciones para que tomen el relevo en la actividad política en el liberalismo, como expresará en ‘Dios nos asista’: ‘En conclusión, hombres nuevos para cosas nuevas, en tiempos turbulento hombres fuertes, sobre todo, en quieras no esté cansada la vida’ (Larra 1997: 510). Esa fortaleza, esa ambición y ese arrojo son los que han abandonado a Monsalud. Por eso, decide retirarse a su rincón y dejar paso a otra generación: ‘Hay mil caminos abiertos por donde pueden lanzarse los hombres nuevos. Los que no lo son, deben quedarse a un lado mirando y viviendo.’ (Pérez Galdós 2006: 1245). La consecución de la vida pacífica será empresa del último episodio del que no es lugar aquí ocuparse, aunque sí es imprescindible referir, que, mientras lo consigue intenta reconciliarse con su hermano, actitud simbólica que expresa el intento de reconciliación de las dos Españas, y apoya la monarquía isabelina.

Para la representación literaria de la emigración liberal, Galdós crea la figura de un héroe huidizo, emblema del conspirador, un romántico aventurero que personifica la evolución del liberalismo durante el reinado de Fernando VII, siempre según la opinión de Galdós. En la experiencia formativa del protagonista, el exilio transforma al héroe que pasa de joven de 21 años ingenuo e inexperto a burgués cuarentón voluntariamente retirado de la vida política. En esa trayectoria la lucha por la libertad será el acicate que le empuje a traspasar las fronteras de

España, pero también será su experiencia como emigrado la que marque su temprana desilusión, el consecuente pesimismo, la actitud crítica para desembocar, finalmente, en el desarraigamiento y en el abandono de la acción.

La naturaleza esquiva del héroe viene determinada no tanto por las fuentes históricas en las que pudo inspirarse el autor, como por su condición de conspirador y de héroe romántico. Sus estancias en el exilio condicionarán que no sea un ‘liberal de acá’, sino un ‘liberal de allá’, que ha visto el arraigo del liberalismo en otras naciones y, desengañoso primero, desgarrado después, está convencido de que en España es imposible que pueda instalarse con naturalidad mientras nuestros políticos se conduzcan por la envidia y la ambición, y el pueblo permanezca indiferente y apático. Galdós se inspira en la obra de Larra para caracterizar la condición de ‘allá’ de su héroe, las diferentes etapas por las que atraviesa, así como en los textos de otros románticos españoles como Espronceda o Ángel de Saavedra, para conformar su carácter romántico, que va del ‘imponente afán’ que lo devora (Pérez Galdós 2006: 296) al desengaño final. Para esta faceta es imprescindible señalar que la agitada vida política de Monsalud se conjuga con una atribulada vida amorosa que se moderará, como lo hará su espíritu liberal, cuando consiga una pacífica vida burguesa al lado de un ‘ángel del hogar’, como es Soledad Gil de la Cuadra. Del mismo modo que Monsalud decide poner punto final a su convulsa vida política, decidirá poner fin a la angustiosa pasión amorosa que le une a Jenara.

Con finísima intuición, Clarín entendió la condición del héroe y su significación coetánea. Los lectores de *Los Lunes de El Imparcial* podían leer el 16 de agosto de 1880: ‘la *realidad histórica* exigía de Galdós no hacer de Monsalud un héroe, sino el término medio del espíritu español de aquellos días; un héroe en su lugar no se hubiera desanimado, pero cualquiera español algo talentudo se desanimaba’; y, a continuación, se refiere a ‘ese escepticismo, que nada tiene que ver con el autor de los *Episodios*, sino que debió ser y fue fruta del tiempo, que

nos da hogaño la cosecha de políticos eclécticos que todos sufrimos y lamentamos' (Alas 1991: 288-89).

OBRAS CITADAS

Alas, Leopoldo, 1991. 'Los *Episodios nacionales*', en *Galdós, novelista*, ed. Adolfo Sotelo Vázquez (Barcelona: PPU), pp. 283-90.

Amores, Montserrat, 2017. 'El destierro de los afrancesaros en la segunda serie de los Episodios Nacionales de Galdós', en *Las musas errantes. Cultura literaria y exilio en la España de la primera mitad del siglo XIX*, ed. de Alberto Romero Ferrer y David Loyola López (Gijón: Ediciones Trea), pp. 273-282.

Aymes, Jean-René, 2008. *Españoles en París en la época romántica: 1808-1848* (Madrid: Alianza Editorial).

Azcáratae, Gumersindo de, 1876. 'El self-government y la monarquía doctrinaria', *Revista de España*, 48.194 (28 de marzo), p. 149.

Beyrie, Jacques, 1980. *Galdós et son mythe* (Lille: Université de Lille III – Librairie Honoré Champion), II.

Beyrie, Jacques, 1987. ‘Trasfondo psicológico y fuentes íntimas de la novelística galdosiana: el caso de la segunda serie de los *Episodios*’, *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 6: 213-32.

Castells, Irene, 1989. *La utopía insurreccional: Torrijos y las conspiraciones liberales de la década ominosa* (Barcelona: Crítica).

Dorca, Toni, 2015. *Las dos caras de Jano: la guerra de la Independencia como materia novelable en Galdós* (Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamerican/ Vervuert).

Espejo-Saavedra, Ramón, 2003. ‘Perspectivismo y tradición literaria en *Memorias de un cortesano de 1815* y *La segunda casaca*’, *Hispanic Review*, 71,1: 89-105.

Espronceda, José de, 1987. *Poesías líricas y fragmentos épicos*, ed. de Robert Marrast, Clásicos Castalia, 20 (Madrid: Castalia).

Fernández Sirvent, Rafael, 2010. ‘París, destino privilegiado del exilio español (18113-1851). A propósito de varias aportaciones historiográficas recientes’, *Pasado y Memoria*. 9: 189-205.

Fuentes, Juan Francisco, 2002. ‘Imagen del exilio y del exiliado en la España del siglo XIX’. *Ayer*, 47: 35-56.

Fuentes, Juan Francisco, 2007. ‘Afrancesados y liberales’, en *Exilios: los éxodos políticos en la historia de España. Siglos XV-XX*, ed. Jordi Canal (Madrid: Sílex), pp. 137-66.

Hinterhäuser, Hans, 1963. *Los ‘Episodios nacionales’ de Benito Pérez Galdós* (Madrid: Gredos).

Letemendía, Emily, 1981. ‘Galdós and Spanish Romantics: *Los apostólicos*’, *Anales Galdosianos*. 16: 15-30.

Larra, Mariano José de, 1997. *Fígaro: colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y costumbres*, ed. Alejandro Pérez Vidal, Biblioteca Clásica, 92 (Barcelona: Crítica).

Llorens, Vicente, 1967. ‘El retorno del desterrado’, en *Literatura, historia, política: Ensayos* (Madrid: Revista de Occidente), pp. 9-30.

Martínez Cañas, Ricardo, 1995. ‘Juan Van-Halen y el Monsalud de Pérez Galdós’, *Torre de los Lujanes*, 30: 203-32.

Montesinos, José F., 1980. *Galdós I*. 2a ed. (Madrid: Castalia).

Navascués, Miguel, 1987. ‘Liberales y absolutistas: personajes novelescos en la segunda serie de los Episodios nacionales’, *Revista de Literatura*, 49-98: 491-510.

Nocedal, Cándido, 1865. *Discursos de don Cándido Nocedal sobre el reconocimiento del llamado reino de Italia* (Madrid: Imprenta de Tejado, a cargo de R. Ludeña, 1866). Sesión del día 6 de julio de 1865.

Pérez Galdós, Benito, 2006. *Episodios nacionales. Segunda serie: la España de Fernando VII*, ed. Dolores Troncoso (Barcelona: Destino).

Romero Tobar, Leonardo, 2007. ‘Larra, tema literario’, en *Dos liberales o lo que es entenderse: hablando con Larra* (Madrid: Marenostrum).

Romero Tobar, Leonardo, 2013. ‘Larra, Mariano José de’, en *Temas literarios hispánicos*, ed. Leonardo Romero Tobar (Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza), I, pp. 143-51.

Rubén Puente, Armando. *Alejandro Aguado: militar, banquero, mecenas* (Madrid: EDIBESA).

Smith, Alan E., 1982. ‘El epílogo a la primera edición de *La batalla de los Arapiles*’, *Anales Galdosianos*, 17: 105-07.

Van Halen, Juan, 1836. *Memorias del coronel D. Juan Van Halen*. (París/Perpiñan: Librería de Lecointe/Librería de Lasserre), II.

Vayo, Estanislao de Kostka, 1842. *Historia de la vida y reinado de Fernando VII en España* (Madrid: Imprenta Repullés), II.